

LOS NUEVOS INDIOS

(Del notable libro "Tempestad en los Andes", que acaba de publicar "Minerva")



LA PARCELA

Juan Ramirez, agente de pleitos, era el más temido "misti" del pueblo. Quien caía en su red no tenía salvación, como la ino-centísima mosca entre las mallas de la A-pasanka.

Ducho en las artimañas curialescas, en-redaba en el laberinto de sus "articulacio-nes" a los propios abogados de la ciudad. Y era su vanagloria ponderar en el bebe-dero:

—Yo derroté, hice "muka" del gran doc-tor Camacho.

—Pregúntele al dueño de "La Victoria" cómo "reventé" a su defensor el primer jurista del Cuzco.

La fama del rábula trasponía las fronteras del distrito. No sólo era un peligroso sopa-tinta; tenía también hechuras matonescas, y en su labor contaba con hazañas elecciona-rias y empresas de pugilato que podían a-bonar su prestigio de perdonavidas.

El indiecito Carmen Sut'a fué a caer en tan "buenas manos".

No se sabe explicar el cuitado cómo fué que, de la noche a la mañana, Juan Rami-rez tomó posesión de sus terrenos maiza-les a título de comprador, y previas las formalidades de un interdicto de adquirir tramitado irrepochablemente.

El indiecito y su familia se quedaron en la calle, sin haber recibido más de quince soles por todo precio.

El ayllu Tujsan, al cual pertenecían Sut'a y los suyos, comprendió sagazmente qué se proponía el leguleyo. Puesto en sus tierras el "clavo del jesuita", y a la vuelta de unos pocos años, Ramirez se apoderaría de todas las tierras comunitarias.

Así el aventurero curial convertiríase bre-vemente en propietario latifundista.

Los indígenas llevaron su queja ante to-dos los poderes; era inútil. Allí estaban los "títulos", los "instrumentos de la fé públi-ca" que acreditaban—con "prueba plena"

—que el señor Don Juan Ramirez era due-ño legítimo de las tierras que por "su libre voluntad" le había enagenado el "peruano" Carmen Sut'a.

Era asunto concluido.

Los indios no se rindieron a la evidencia de su derrota legal y jurídica. En consejo del ayllu, acordaron colectar entre ellos el precio de la venta y una vez éste reunido—eran unos doscientos soles en la escritu-ra, aun cuando no llegaron a veinte los re-cibidos por el vendedor—presentáronse en el domicilio de Ramirez a exigirle la reso-lución del contrato. Ramirez se les rió im-púdicamente, calificando de estupidez y ves-anía el propósito de los comuneros. Ame-nazólos con iniciarles juicio por la pertur-bación que hacían de sus derechos poseso-rios; hablóles media hora disuadiéndolos de toda acción reivindicatoria, pues él era lo suficientemente poderoso para hundirlos en la miseria.

Pero los indios no se intimidaron.

Próximas las labores preliminares de la siembra, un domingo, al son de pitos y tam-bores, la comunidad íntegra, con sus mu-jeres y ancianos y niños, recuperó, en me-dio de gran alborozo manifestado bulliciosa-mente, la parcela arrebatada por el dolo al camarada Carmen Sut'a.

Saltó Ramirez como un tigre que vé en peligro su cubil.

Promovió cinco juicios amén de quince incidentes contra los "usurpadores" que, en "motín y asonada", le despojaron de sus legítimos derechos de señor y dueño.

Los indios se ríen de la actividad "judi-cial" del rábula, y se burlan del coraje del perdonavidas que no asoma las narices por "su finca".

Así le iría...

EL CONSEJO DE LOS ANCIANOS

La vaquería de Pablo Tito está en lo más alto y escarpado de la zona montuosa. Des-de ahí se contempla los valles y las plani-cies en toda su extensión. En el lejano ho-rizonte apuntan los picos nevados. Ningún blanco visita la vaquería del indio Pablo. Quienes lo intentan salen mal: se asorochan muy pronto y renuncian seguir adelante.

Confluyen a esta altitud difíciles caminos, verdaderos caminos de cabras que arrancan de las provincias más pobladas de indios.

En una meseta rocallosa, un poco más arriba de la vaquería, se ven casi completos los muros de antiquísimo adoratorio solar. Sobre el gris granito de una saliente, está el Intiwatana. Enteras aún las aras del sacrificio.

Por mayo, cuando los cielos se despejan y brilla la luna, cuando el espacio es como una pile vibrátil detrás de la cual latiese un corazón, se reúne en la meseta de piedra el consejo de los indios ancianos. Desde semanas anteriores, éstos abandonan sus hogares, ascienden los cerros y, separados los unos de los otros, cada quien por sí, en soledad de ermitaños, se preparan para el consejo del plenilunio. Abstienen de toda comida con sal o aji, alimentándose de raíces.

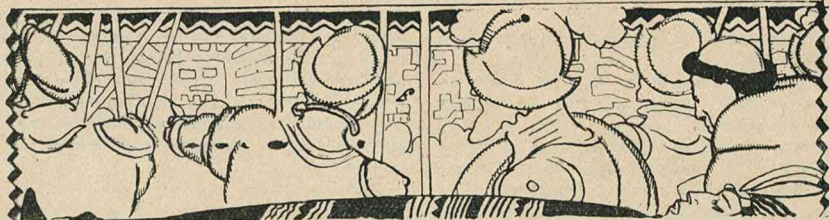
Son diez, doce indios centenarios, pastores, labriegos: cuando Mama Killa aparece, los encuentra ya sentados en cucullas, sobre sus ponchos de alpaca. Hacen círculo, y en el centro se extiende la negra llakolla sin

to; diez, veinte reses fueron halladas muertas en los precipicios. Otras tantas desaparecieron en el monte. Las restantes pululan sin pastor.

"¡La tierra es nuestra!"—es el grito de combate. El blazo la usurpa, la detenta quinientos años, la gleba indígena tiene ya un alarido uniforme, desde la altipampa y las cumbres hasta los vajíos y los valles cálidos. Ocho días después del consejo del Apurakilla, las indiadas han principiado su Guerra de Reconquista.

Emplean diversas táctica; la violencia hasta el crimen horripilante, unas veces, en determinada zona; la pasividad, otra. Allá fue necesaria la venganza cruel; aquí, basta con no cooperar.

"¡Qué vale la tierra sin nosotros!"—se ha dicho el indio, y sarcásticamente pacifista, se cruza de brazos. Nada puede ahora contra él la fusilería, la metralla. Están sublevados? Sí y no. Sí, porque no obedecen al amo; no, porque se están tranquilos en



pallay. El mayor, especie de Wilka Umc, porta las hojas primerizas de coca y las esparce sobre el manto negro, pronunciando la mágica fórmula de conjuro.

Largas horas permanecen los indios ancianos bajo el resplandor lunar. Parlamentan misteriosamente; nadie sabe de qué tratan los viejos pastores de Puno y del Cuzco. Sus voces son tan leves que las absorbe la tierra, antes que el viento nocturno las esparza. Cuando Mama Killa descende, es la medianoche; machulas y achachilas tirnan silenciosos, fantasmales, a la vaquería de Pablo Tito. Se acurrucan alrededor del fogón en el que chisporrotean raíces aromáticas. El vaquero distribuye hojas de coca.

Los viejos charlan animadamente, mientras los primeros resplandores del nuevo día se filtran por las hendiduras de la puerta. Uno a uno se han marchado, por caminos opuestos, los ancianos consejeros, cuando el sol apuntó inequívoca su presencia.

Antes de ocho días, se ha producido la sublevación. Miles de indios atacaron las haciendas del kollao; los colonos de Palka, Lauramarka y Kapanas—los grandes latifundios cuzqueños—rompieron su secular sujeción a los patrones; se niegan al trabajo. Se ha dispersado el rebaño de Pablo Ti-

to. El espíritu de Ghandy decidió el último consejo de los indios ancianos.

EL AMOR DE DON RODRIGO

No sólo era concupiscente lo que invenciblemente atraía al noble señor. Pudo llegar innumerables veces con sus indias esclavas en el vasto serrallo de sus estancias puneñas. Pudo, incluso, hastiarle la facilidad de amo tiránico que dispone de las mujeres como de las yegudas dentro del perímetro de su latifundio, como quien dice dentro de su jurisdicción feudal. ¿Acaso un capricho? Mas era evidente que el bravo Don Rodrigo estaba enamorado, perdidamente enamorado de Antucacha, la hija del cabrero, bella en sus 18 primaveras, quien la viese encontrarla parecida a otras doncellas por quienes Don Rodrigo no se mostrara nunca tan encaladrinado.

Le gustaba con ardor, con pasión irrefrenable, y por lo mismo sus procedimientos no fueron iguales a los que siempre empleara para satisfacer sus apetitos.

Había de conquistarla por el amor y la delicadeza como el caballero a su dama. Había de ajustar su conducta a cánones de gay saber. La linda moza se le rendiría presa de pasional ternura, y ambos, así unidos por la atracción suprema, vivirían felices, como si el uno hubiera nacido para el otro.

Todos los días al atardecer el caballero rondaba la morada de su andina Dulcinea, y muy delicadamente la hacía saber del mucho amor que la tenía. Antucacha no era capaz de comprender tan finas palabras, y sólo adivinaba—oh sexual presentimiento—cuáles eran las intenciones del amo.

Tupíase la malla del sostenido idilio. Y la hija del cabrero amaneció, cierto día del floreal octubre, en el aposento del señor.

A nadie extrañó. Una barragana más del patrón. Ya pasaría el temporal ayuntamiento. No ocurrió así, sin embargo; llegaba el kallehey, y Antuca permanecía en el hogar de Don Rodrigo, ascendida a señora de la casa. Otra vez octubre floreció en el campo, y la señora Antonia era el ama. Runruneaban los empleados mestizos que aquella advenediza se quedaría allí; los indios sonreían, elogiando el talento de la Antuca que conquistó al caballero; las viejas comadres de Don Rodrigo se hacían de la vista gorda para no disgustarle, puesto que estaban a su merecer.

Pero las cosas subían de punto

Antes de la cuaresma, el señor Don Rodrigo, buen católico, llamó a su capellán, y una tarde, ambos en la solana, contemplando la puesta del sol, se entabló este diálogo:

—Mi señor Don Rodrigo: es tiempo de arreglar la conducta. Cuánto agrado para Dios si en esta cuaresma...

—Lo entiendo, Padre. Sé a donde va. Pero quiero anticiparme. Le mandé llamar para que haga por mí unas diligencias. Quiero tomar estado, y se hace necesario que usted me arregle este asunto.

—¿Y quién es la dichosa prenda que ha cobrado el corazón de oro del devotísimo señor Don Rodrigo?

—Pues la señorita Antonia Cutiri.

—¡...! Bromea Don Rodrigo, bromea el buen caballero.

—Nada de eso, Reverendo. Estoy resuelto a tomar por esposa a la mujer a quien amo y amaré toda la vida.

—¡Pero señor Don Rodrigo, flaquea su razón! ¡Con una india, con una esclava, con una plebeya, va a unir su sangre el nobilísimo señor Don Rodrigo! Imposible. Es una ofuscación que Dios disipará.

—No ha de ser así, Reverendo; lo tengo bien pensado.

—Mire por su nombre y por su casa; la sociedad no perdonará la ofensa. Dios mismo...

—La sociedad no me importa; bien sabe que la desprecio. Dios aprobará mi resolución. Tiendo la mano a los humildes. ¿No somos todos sus hijos iguales?

—No, no: El Supremo Hacedor creó las jerarquías. El indio...

—Lo lamento mucho, pero su Reverencia reniega de su divino ministerio. Si su Reverencia insiste en sus poco cristianas ideas, prescindiré de su consejo.

Fué un gesto definitivo el del ilustre hidalgo, y el capellán, entre perder su valiosa protección o transigir, optó por lo último.

—Bien, mi señor Don Rodrigo: hágase su voluntad, pero con una sola condición: el matrimonio será secreto. ¿Acaso es necesario el escándalo? Cuidemos siempre de la pública opinión.

—Será público, Reverendo Padre. Tengo mis razones.

—¿Razones, señor mío?

—Sí, y muy poderosas. Aparte de que mi amor por Antonia es lícito y mi estima por su honor es tan alta, debo a la Raza un desagravio. Cuarenta años la ofendí, oprimiéndola. La virtud femenina se deshizo en mis manos: atenté contra ella no dejando flor sin marchitar. Muchas lágrimas derramaron las madres; no estalló en violencia la rabia contenida de los hombres así vejados, pero sangró su corazón en silencio. Traté a mis hermanos los buenos, los humildes, los resignados indios, como viles esclavos. Me respetaron siempre. Creíanme acaso un ser superior; pero no era yo, en el fondo, sino un cobarde. Después de cuarenta años de tal vida Dios ha iluminado mi razón. El noble apellido de los Pérez de Urrarte y Rocafuerte pasará a los indios en mi esposa Doña Antonia, y con mi apellido todos mis bienes... Cesó de hablar el caballero, ya cuando era la noche. Retiróse el fraile a orar en la capilla de la hacienda.

Antuca no había escuchado todo.

Cuando el caballero, llegó a la estancia nupcial, la Raza dignificada lloró con lágrimas de gozo el avатар.

(Ilustraciones de Raúl Vizcarra).

